

CHIPRE Y LA O.T.A.N.: LA DECADENCIA DE UNA POLITICA

«Vemos a la O.T.A.N. dividida, a la C.E.N.T.O. moribunda y a la S.E.A.T.O. prácticamente muerta.» Esta es la opinión de un conocido comentarista norteamericano y seguramente de muchos más, lo cual quiere decir, a poco que se piense en ello, que se hallan seriamente amenazados, acaso ya en una fase muy avanzada de su decadencia y a la larga de su desintegración total e irremediable, tres puntales básicos de la política exterior norteamericana de la postguerra. Y, en consecuencia, del mundo no comunista también, en particular el occidental.

La situación a que se ha llegado llama poderosamente la atención a causa de la grave crisis en desarrollo por dos puntos críticos del vasto sistema creado con la finalidad de contener toda posible acción expansiva de los regímenes comunistas que salieron tan favorecidos de la segunda guerra mundial. A uno de ellos, el del Vietnam del Sur, que se halla en estado de desarrollo y crecimiento desde la terminación de la guerra entre Francia y sus colonias del sudeste asiático, apenas se puede hacer más que una alusión: para llamar la atención sobre el hecho significativo de que la S.E.A.T.O., nacida esencialmente para dar garantías a esa parte del mundo contra toda posible acción, directa o indirecta, del comunismo por extender hacia ella su poder y autoridad, ofrece la sensación de haber entrado en la fase de la inactividad total, de la postración absoluta.

Eso sería grave en cualquier caso y más todavía en una situación como la de ahora, con el peligro, acaso la amenaza constante, de la extensión del conflicto, en parte muy importante por el tremendo y desfavorable desarrollo que ha alcanzado la guerra del Vietnam del Sur, en parte también por la influencia que está teniendo la política neutralista del presidente de la V República, general Charles De Gaulle, jefe del Estado y Gobierno de una nación que es a la vez miembro de la O.T.A.N. y de la S.E.A.T.O. y que,

en estos momentos, se halla trazando y desarrollando una línea de acción tan opuesta a la que se ha desarrollado y aplicado bajo la dirección de los Estados Unidos que llega a producir la impresión de que tiene como objetivo esencial el desmoronamiento de todo el orden de cosas que ha salido de la segunda guerra mundial y que se ha ido formando y consolidando a lo largo de la postguerra. Parece, en fin, como si se estuviese ya de lleno en la *fase de la revisión que debe aceptar la realidad de los grandes cambios que se han ido produciendo por debajo del entramado de conferencias, acuerdos y tratados.*

En cuanto a la situación por el sudeste asiático, la impresión general es que, ciertamente, la S. E. A. T. O. se halla moribunda. No se ha hecho nada, aparentemente. No podría ser de otro modo, en realidad, pues uno de sus miembros se halla desarrollando una política de relaciones cordiales con la potencia que representa el mayor y más grave peligro para los intereses y la influencia de los Estados Unidos por la región, con lo cual alcanza amplia manifestación un estado de contradicción interna que hace imposible toda intervención eficaz de la S. E. A. T. O. en un conflicto que es un peligro latente—y creciente—para la paz del mundo.

Podría incluso decirse que la situación por el otro extremo del mundo oriental, donde está precisamente el punto de enlace entre la O. T. A. N. y la C. E. N. T. O., es más grave todavía. No sólo por estar ya en entredicho la utilidad de dos organizaciones fundamentales, no una sola, como en el otro caso, del mundo de la postguerra, sino por haberse realizado el intento de intervención de la O. T. A. N. con resultados francamente ruinosos. Se quería evitar a toda costa una posible internacionalización del conflicto de Chipre—uno de los conflictos que han estado latentes durante siglos—en el sentido más ancho de la expresión, por razones evidentes y que no tenían bastante con el deseo de mantener una sensación de colaboración cordial en el seno de la O. T. A. N., a la que no pertenece Chipre, pero sí Grecia y Turquía, las naciones más directamente implicadas en una cuestión cuya razón de ser fundamental es la división de la población de la isla en dos grandes grupos étnicos de tal naturaleza antagónicos entre sí que tienen su mayor aspiración—su única aspiración—en la colocación de Chipre bajo la soberanía bien de Grecia o de Turquía. El sentimiento de nacionalidad propiamente dicho, no existe. Lo que se alcanzó con los acuerdos de Zurich y Londres, que culminaron en el Tratado de 1960, del cual salió una nación independiente más, no fué otra cosa que una fórmula de compromiso—ahora

se ve claramente—, en el fondo inoperante, por resultar inaceptable para unos y otros. Los chipriotas griegos siguen pensando en la *enosis*, el movimiento de unión de Chipre a Grecia que contó con el apoyo de un 97 por 100 de esa mayoría de la población que participó en un plebiscito organizado por el arzobispo Makarios.

Los chipriotas turcos, con una posición minoritaria, no pueden aspirar al total restablecimiento de la soberanía turca sobre Chipre, ejercida durante largo tiempo, entre 1571 y 1878, de una manera continuada. Pero no han hecho demostración tampoco, con lo que no se diferencian de los chipriotas griegos, de estar animados de unos verdaderos sentimientos nacionalistas como chipriotas: sólo son turcos, por lo que su aspiración—su obsesión—es la partición, *taksim*, de la isla.

La partición de la isla no parece, examinadas las cosas un poco superficialmente, ni posible ni viable. Con una superficie de unos 9.200 kilómetros cuadrados, con casi 600.000 habitantes esparcidos por un terreno desigual y con abundancia de montañas, las condiciones de vida, ya nada fáciles, empeorarían mucho. Pero, ¿en qué forma se podría hacer la partición en una isla cuya población, repartida principalmente entre dos grandes grupos étnicos, el griego, con las cuatro quintas partes; el turco, con la quinta restante, se halla muy mezclada aun cuando, en la inmensa mayoría, casi en la totalidad de los casos, existe una separación completa, en las ciudades y en los pueblos, en el caso, no muy infrecuente, en que no se encuentren pueblos que sean enteramente griegos o enteramente turcos?

De las 634 aldeas de Chipre, 395 son enteramente griegas y 121 son totalmente turcas; en 114 se encuentra una parte de la población que es griega y otra parte que es turca. (Hay también cuatro aldeas formadas por una población oriunda de otras naciones.) Pero las aldeas turcas y griegas se hallan muy mezcladas y esta mezcla no es sólo racial, sino económica. No resulta fácil comprender cómo se podría llegar a una partición de la isla que fuese, además de equitativa, beneficiosa económicamente para una y otra nacionalidad.

Se ha llegado a sugerir una línea de partición que atraviesa la isla desde un punto en la costa noroccidental, pase por entre las poblaciones de Xeros y Lefka, tire hacia el este, por encima de Nicosia, la capital, y vaya a terminar en la costa oriental por encima de Famagusta. Al norte de esta línea se concentraría toda la población turca, dejando la griega al sur. Pero la mayor parte de los poblados turcos se hallan precisamente por el oeste de

Chipre, que con el sur, casi exclusivamente griego, es la parte más poblada de la isla. En ninguna región existe una clara mayoría turca, ni siquiera en esa porción hacia la cual se ha pensado en ir concentrando una población que acaso estuviese predestinada a caer bajo la soberanía de Turquía.

El carácter tan mezclado, con una decidida preponderancia griega, de la población de Chipre, está de manifiesto especialmente en las ciudades y poblaciones de alguna importancia y en las zonas rurales inmediatas. Así, tenemos, por orden del número de habitantes, a Nicosia, la capital, con 86.000 habitantes (según el censo de 1960), de los cuales son turcos el 26 por 100; Limassol, con 37.000, de los que son turcos el 16 por 100; Famagusta, con 31.000, con un 20 por 100 de turcos; Larnaca, 17.000, de los que son turcos el 24 por 100; Paphos, con 9.000 habitantes y un 31 por 100 de población de raza turca, y Kyrenia, que según ese mismo censo de 1960 tiene 3.000 habitantes, de los que son turcos cerca de la cuarta parte (un 23 por 100).

En cuanto a las zonas rurales de estos centros urbanos, la situación general es un poco más desfavorable aun para la minoría turca. Así, de los 108.000 habitantes de la región rural de Nicosia, son turcos el 17 por 100, lo cual supone un descenso considerable en relación con la concentración de la minoría turca en la capital. En la zona rural de Limassol, con 62.000 habitantes, la situación de la minoría turca es más desfavorable aun, pues sólo llega al 12 por 100 del total; en Famagusta sube hasta acercarse considerablemente a la distribución de la población de la ciudad entre griegos y turcos. De un total de 79.000 habitantes de esta zona, corresponde a los turcos el 16 por 100. En la región de Larnaca, sube al 22 por 100 de un total de 39.000 habitantes, y en la de Paphos a un 23 por 100 de los 49.000 habitantes de su zona rural. En Kyrenia, la principal población de la parte norte de la isla, con una zona rural que tiene, según el último censo, 26.000 habitantes, la minoría turca es del 14 por 100.

El complicado mosaico racial de Chipre es un rompecabezas de difícil, cuando no imposible, solución. Haría falta contar, antes que nada y sólo para empezar, con ayudas de mucho volumen no menos que con buena voluntad y el ánimo dispuesto para el sacrificio. Y a pesar de que no hay indicio alguno favorable a la colaboración externa o interna para llevar a cabo una tarea de esta clase, la realidad es que el rompecabezas chipriota ofrece ciertos indicios claros de tender a resolverse por el lado de la participación, precisamente.

La población turca de la isla busca, instintivamente, la concentración y la formación de unidades raciales absolutamente compactas, en las aldeas, en las zonas rurales, en las poblaciones y en las ciudades. Su única posibilidad de defensa—de supervivencia quizá—está precisamente en la formación de aldeas, barriadas y distritos donde la unidad racial sea completa. La razón es evidente: la única manera posible de organizar una política defensiva en un ambiente dominado por la abrumadora mayoría grecochipriota, está en la formación de núcleos homogéneos de población.

A esta tendencia, de manifiesto por todas partes, ya con siglos de tradición, aun cuando el proceso se ha intensificado grandemente en los últimos tiempos, ha seguido otra: el incierto todavía, pero perceptible, movimiento de una parte por lo menos de la población turcochipriota hacia el norte, con miras evidentes a ir concentrándose en una sola parte de la isla el mayor número posible de esos centros de población homogénea que se hallan dispersos por todo el pequeño país.

Por lo tanto, y de continuar las cosas de aquí en adelante en forma parecida a como ha venido ocurriendo en un pasado muy reciente, no sería difícil imaginarse una situación que acabase convirtiendo a la minoría turca en una mayoría abrumadora, por lo menos, de la población de una parte de la isla de Chipre. En ese caso, la partición sería no sólo posible, sino incluso inevitable. Lo que, hoy por hoy, parece imposible es que las cosas continúen en la forma en que se encuentran de manera definitiva. La convivencia de los dos grandes grupos raciales de la isla no parece imposible, en un régimen de independencia, porque la solución que se ha dado al problema en las conferencias de Zurich y de Londres es aparentemente injusto, pero su modificación no parece posible sin la intervención de la fuerza, de un factor de imposición.

El sistema constitución de Chipre es extremadamente complicado. La población de raza turca es, como hemos visto, una minoría que no pasa—apenas llega—a la quinta parte del total, pero la Constitución le reserva el 40 por 100 de los puestos en el Ejército, el 30 por 100 en la burocracia civil y el 30 por 100 en las fuerzas de policía.

Esta distribución, que la mayoría griega—la población turca de Chipre no se considera minoritaria, sino sencillamente como un grupo étnico totalmente distinto y por lo tanto de imposible identificación e integración en una nación que se pretende que sea dominada por otro grupo étnico igualmente distinto—considera injusta, se ve agravada por discrepancias que han

hecho imposible la colaboración incluso para cosas que aparecen tan claramente definidas y que han sido aprobadas y ratificadas, aun cuando en ocasiones sólo como consecuencia de presiones muy fuertes. Por ejemplo, ni el Ejército, ni la burocracia, ni la policía han llegado a tener una existencia real y efectiva por causa de esas discrepancias y rivalidades. La representación turca en el Gobierno de Chipre—con un presidente grecochipriota, monseñor Makarios, y un vicepresidente turcochipriota, el doctor Fazil Kutchuk, que es en realidad otro presidente, con poderes ejecutivos y en algunos casos incluso el poder de veto—ha exigido que la porción turca del Ejército forme unidades independientes, mientras que la representación griega insiste en que el Ejército sea uno solo, formado por unidades en las que griegos y turcos se encuentren mezclados. La minoría turca no acepta esta solución por dos razones:

Una, la posibilidad de que los puestos de mando acaben cayendo todos o la mayor parte del lado de la mayoría; otra, la necesidad de contar, por razones de protección y seguridad de la minoría turca de la población, de unidades militares armadas y homogéneas que se puedan convertir fácilmente en poderosos factores defensivos.

De hecho, Chipre vive una vida de caos semiorganizado que afecta a todos los factores de la vida nacional, desde el Gobierno hasta el último municipio, allí donde la población está dividida. (La vida y la organización tiene mayor sentido en los pueblos y municipios dominados en su totalidad por uno solo de los dos grandes grupos étnicos, pero la situación empieza a complicarse en el momento mismo en que la población no es homogénea.) En consecuencia, no sólo el cumplimiento de lo establecido por la Constitución de 1960 es una ficción, sino que incluso no ha sido posible organizar un sistema eficaz de impuestos y contribuciones, porque también aquí falta la colaboración indispensable para el desarrollo de una tarea uniforme. La minoría turca prefiere no pagar impuestos ni contribuciones a los servicios dominados por la mayoría griega y hacer, en cambio, aportaciones destinadas al sostenimiento de sus propias organizaciones, con finalidades esencialmente defensivas.

La situación a que se ha llegado es consecuencia de la decisión adoptada por el presidente Makarios, a fines del año pasado, de proceder a la reforma, sencillamente, de la Constitución, ante los fracasos rotundos de anteriores gestiones y tentativas. La oposición turca—de la minoría turca de Chipre no menos que del Gobierno de Ankara—es absoluta. Como una cuestión de trá-

mite, puramente formularia, el presidente Makarios comunicó, tanto al Gobierno de Grecia como al de Turquía, la decisión que había adoptado. El Gobierno de Ankara protestó inmediatamente, en uso de un perfecto derecho. La Constitución que se quiere enmendar concede a Turquía, al igual que a Grecia y a la Gran Bretaña, el derecho de pasar a la «acción» en el caso de que exista alguna amenaza para el *statu quo* de Chipre.

Pero había algo más que el proyecto de enmendar la Constitución, frente al cual estaba el propósito de evitar que la Constitución fuese enmendada. Desde el primer momento, empeoró con mucha rapidez una situación que era muy mala, para empezar. Era mala no sólo por antagonismos de siglos, sino por una oposición racial en Chipre que en muchas ocasiones movió a la minoría turca a colaborar con las autoridades inglesas en la lucha en que estaban empeñadas contra los rebeldes grecochipriotas que se hallaban organizados principalmente en la E. O. K. A. y que llegaron a encontrarse envueltos, al frente del general Grivas, en una sangrienta y feroz acción guerrillera en favor de la independencia o, más bien, de la *enosis*. A lo largo de todos estos pocos años de vida independiente, por un lado, y el otro, el griego y el turco, no se ha dejado de ir trabajando y organizando y preparando lo que, en definitiva, sería irremediable: un choque entre los dos elementos básicos de la población.

De un lado y de otro, del turco y del griego, se ha contado con apoyos y ayudas que han hecho posible la acumulación de armamento y munición en cantidades considerables, incluso de algún armamento pesado, como una especie de tanques, vehículos como camiones y «bull-dozer», a veces con sistema de oruga en vez de ruedas para la tracción, cubiertos de chapa de acero en cualquier taller o garaje de los muchos que hay en las barriadas y distritos de una población enteramente griega o turca, lo cual ofrece condiciones enteramente favorables para el desarrollo de actividades de esta clase. De esta manera, se ha reproducido la lucha entre las dos poblaciones, a veces en condiciones de extremada violencia y ferocidad, con varios centenares de muertos ya, aun cuando seguramente no tantos como lo que aseguran los informadores de una y otra parte.

La situación es más grave porque, además de la situación interna de Chipre, está el peligro—la amenaza—constante de serias complicaciones internacionales. Por un lado está el clima de guerra civil con una tendencia clara, quizá irresistible ya, hacia el extremismo, que pudiera no ser de derechas, a pesar de ser un hombre de derechas el general Grivas, que encabezó.

el movimiento guerrillero que acabó haciendo inevitable la retirada inglesa de Chipre, y a pesar de ser de derechas, fundamentalmente de la extrema derecha, las organizaciones dominantes de la minoría turca.

Pero el ambiente chipriota se halla muy radicalizado, la influencia comunista ha ido subiendo, domina ya las actividades sindicales y cree contar con el apoyo de la Unión Soviética, cuyas ansias por encontrar una salida al Mediterráneo no son de ahora. Grivas y la E. O. K. A. cuentan con grandes simpatías, sin duda, y con mucha fuerza también. Pero se tiene la impresión de que se trata de un movimiento más radicalizado y en el que se distinguen ya tres grandes grupos, salidos fundamentales de la antigua E. O. K. A.

Son organizaciones clandestinas sólo hasta cierto punto. Una de ellas, posiblemente la más importante, está dirigida por Polykarpos Georjadis, un joven de treinta y tres años que se ha distinguido en la lucha contra las fuerzas inglesas y que es en la actualidad ministro del Interior del Gobierno de Nicosia.

Otra es la que dirige Nicos Sampson, de veintinueve años, un joven de temperamento exaltado y con una tendencia a la brutalidad y el odio a los ingleses que acaso sea la razón de que se le considera como el más peligroso de todos los movimientos organizados para la lucha, no sólo contra la continuada presencia de fuerzas extranjeras—inglesas hasta hace poco, hasta la creación de una fuerza de las Naciones Unidas—en la isla, sino para el sometimiento total de la minoría turca a la voluntad de la mayoría griega. Sampson es violento en la acción y en la palabra. Habla de los ingleses como de «alcahuetes, rameras, estafadores y homosexuales», a lo que contestan los ingleses afirmando que Sampson es «un ladrón y un asesino, nada más que eso».

Con un ambiente así, es fácil comprender por qué C. L. Sulzberger, corresponsal norteamericano, llegó pronto a la conclusión que de continuar la situación tal y como estaba, el llegar a la guerra civil sólo podría ser cuestión de días, y a la guerra civil apenas podría seguir otra cosa que la intervención de Turquía y de Grecia. (Una intervención aplaza, por el lado de Turquía, durante tres meses, con la aceptación de la propuesta del Consejo de Seguridad de someter a Chipre bajo la influencia de una fuerza internacional.)

Precisamente para evitar la intervención de Turquía había salido precipitadamente para Europa el subsecretario de Estado norteamericano, Geor-

ge W. Ball, por no haberse despejado la situación a pesar de los intentos de mediación y pacificación que se habían realizado hasta entonces. Es posible que Mr. Ball hubiese conseguido aplazar la operación de desembarco que se venía preparando en Turquía, al amparo de unas maniobras navales que apenas eran un pretexto, ya que se llegó a decir que su duración sería tan larga o tan corta como la duración de la crisis chipriota.

La posibilidad del desembarco era permanente, por lo menos mientras no se resolviese el grave problema constitucional planteado por el presidente Makarios. Y un desembarco turco apenas podría tener otra consecuencia inmediata que la intervención de Grecia, con lo cual se encontrarían en guerra dos miembros de la O. T. A. N.

Para los Estados Unidos y para Inglaterra era absolutamente necesario evitarlo; pero más necesario todavía era salir al paso de maniobras alarmantes.

Contra el proyecto anglonorteamericano de mantener el conflicto dentro de la jurisdicción de la O. T. A. N., actuaron fuerzas cada una de por sí importantes, en conjunto absolutamente irresistibles: A la idea de enviar a Chipre una fuerza armada de la O. T. A. N. encargada del mantenimiento de la paz, empezó por oponerse Francia, uno de sus miembros más importantes —y ya en general disidente— de esta organización; contra la intervención de la O. T. A. N. se manifestó la Unión Soviética desde el primer momento y frente a la O. T. A. N. se alzó un vigoroso movimiento de resistencia en el interior de Chipre.

La propuesta anglonorteamericana fracasó en el momento mismo en que fué rechazada por el presidente Makarios, quien insistió en recurrir al Consejo de Seguridad, como quería y proponía la Unión Soviética, para quien la intervención de la O. T. A. N. sólo se podría interpretar como una acción imperialista más.

La posición de la Unión Soviética resultaba especialmente atractiva para los chipriotas griegos por sostener el criterio de que una resolución del Consejo de Seguridad sustituiría automáticamente el Tratado de 1960, que es para ellos la causa de todo el mal. Para los turcos, en cambio, esto era inaceptable, ya que su posición es que el Consejo de Seguridad ha de garantizar, ante todo, el Tratado de 1960. La idea misma de que los tratados internacionales podrían ser abrogados como consecuencia de la intervención del Consejo de Seguridad había sido rechazada, para empezar, por el re-

presentante del Gobierno turco en el Consejo de Seguridad, convocado especialmente para discutir la cuestión chipriota.

La primer consecuencia de la intervención del Consejo de Seguridad ha sido el fracaso total del intento anglonorteamericano por mantener la cuestión de Chipre bajo la jurisdicción de la O. T. A. N. La segunda ha sido el intento hecho—y en gran parte conseguido—por dar al conflicto un carácter claramente antibritánico y antinorteamericano que sirve por un lado para atraer el interés de otros pueblos y países de la región y por el otro para crear una situación de extremada fluidez, acaso revolucionaria, por una parte por lo menos de la región. La situación en Turquía es de creciente debilidad y el atentado de que fue víctima el jefe del Gobierno, Ismet Inonu, ha puesto de manifiesto la existencia de tensiones capaces de buscar la salida en posibles soluciones extremas, especialmente ahora que, como consecuencia de unas elecciones, cuenta Grecia con un Gobierno de apariencia estable y de inclinaciones francamente neutralistas, con una tendencia perceptible hacia un izquierdismo que aspira a revisar mucha de la obra realizada por anteriores Gobiernos y a desarrollar una política de mayor cordialidad en las relaciones con la Unión Soviética.

Frente a este ambiente está la campaña contra Inglaterra y los Estados Unidos, dentro y fuera de Chipre, especialmente en El Cairo, y una de cuyas consecuencias más llamativas es la declaración, hecha ya por el Gobierno de Libia, de que no serán renovados, a su terminación, los acuerdos en virtud de los cuales se llegó a la creación allí de una de las mayores bases de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

El mundo árabe, la R. A. U. sobre todo, considera a Chipre como una posición imperialista occidental, residuo de tiempos en que la influencia británica era decisiva por todo el Oriente Medio y el hecho de que no pertenezca a la O. T. A. N. no demuestra nada, en realidad. No demuestra nada, dice la propaganda egipcia, porque en Chipre hay bases británicas, que han servido para realizar intervenciones armadas inmediatas con objeto de reducir cuando no ha sido posible eliminar del todo las peores consecuencias de los choques entre griegos y turcos en Chipre; es más, en Chipre están acaso las mayores y más poderosas instalaciones radiofónicas establecidas por los Estados Unidos para mantener un servicio permanente de escucha y vigilancia de lo que sucede por las proximidades de la periferia soviética y quizá de mucho de lo que ocurre a grandes distancias por detrás de las fronteras de la U. R. S. S.

Contra los norteamericanos ya mucho más que contra los ingleses se dirige la propaganda de los órganos extremistas de Chipre y otros lugares de la región. Alguna vez se les presta ayuda con declaraciones que, como una de Adlai Stevenson, delegado norteamericano en las Naciones Unidas, pudieran parecer imprudentes, en el mejor de los casos. Es humano, por lo menos, condenar la violencia y la ferocidad, pero es poco político dejar la impresión de que se toma partido por uno de los bandos empeñados en una lucha brutal cuando ninguno de ellos ejerce una posición de monopolio en esas cosas y cuando, además, están en juego, por un lado, tanto como por el otro, intereses que afectan de una manera muy directa a los Estados Unidos y a esa posición dominante que ocupan, desde la terminación de la segunda guerra mundial, por el Mediterráneo, ahora reforzada con la instalación en sus proximidades de la primera base para la región de submarinos armados con proyectiles «Polaris».

Una de las publicaciones de mayor tirada de Chipre llega al extremo de proclamar: «Los norteamericanos se han hecho turcos. Los yanquis se han calificado como asesinos del pueblo.» Y si esto es extremismo, conviene no perder de vista el peligro que se corre cuando un problema como el de Chipre se convierte en un foco infeccioso que amenaza no sólo con emponzoñar toda la vida chipriota, sino con extender también su influencia enfermiza hacia otras partes. Y, después de todo, hasta los órganos más moderados, como *Elephteria*, que pertenece a las derechas, de manera inconfundible, acusan a los Estados Unidos de haber adoptado «posiciones antigriegas y antihumanas».

Mientras por Chipre y en torno a esa isla que se califica ya como la Cuba del Mediterráneo, aunque tiene una extensión que no llega a la décima parte de la de Cuba y por su población es uno de los últimos países que son miembros de las Naciones Unidas, las cosas se complican y empeoran, desde El Cairo, Nasser pide la liquidación de las bases en Chipre y en Libia. Lo que está sucediendo no sólo es grave para la O. T. A. N., además de ser muy grave para la paz y tranquilidad de la región, sino que va camino de convertirse en un nuevo pretexto para la agitación contra el Occidente por una de las regiones más decisivamente importantes del mundo.

JAIME MENENDEZ.